

Luisa miró asombrada á Rodolfo.

— ¿Cómo sabéis, señor?...

— Serenaos. Estaba solo en la porteria, cuando llevaron esa carta, y la vi por casualidad.

— Era la mía, señor. En esa carta sin firma decía al señor Bradamanti que no pudiendo ir á su casa, me hiciese el favor de ir aquella tarde junto al palacio de Eau... Estaba sin juicio... quería pedirle uno de sus horribles consejos. Salí pues de la casa con intención de verlo; pero al cabo de un instante recobré la razón, conocí el crimen que iba á cometer, y me volví á la casa. Aquella noche ocurrió una escena cuyos resultados han causado mi última desgracia. Mr. Ferrán estaba persuadido de que yo tardaría dos horas, siendo así que había estado ausente pocos minutos. Al pasar por delante de la puerta falsa del jardín, la vi abierta con grande sorpresa mía; entré por ella; la cerré y puse la llave en el gabinete de mi amo, que era su sitio ordinario. Esta pieza estaba antes de su cuarto de dormir, que era el sitio más retirado de la casa en el cual recibía sus visitas secretas, pues en el escritorio era en donde despachaba los negocios ordinarios. Ahora os diré por qué os refiero estos pormenores: como conocía bien los rincones de la casa, después de haber atravesado el comedor que estaba alumbrado, entré sin luz en la sala, y luego en el gabinete que precedía al dormitorio del amo, cuya puerta se abrió al punto de poner la llave sobre la mesa. No bien me hubo visto á favor de la luz del quinqué de su cuarto, cuando cerró súbitamente la puerta, dejando dentro á una persona que no pude conocer; y arrojándose luego sobre mí, me agarró por el pescuezo como si quisiera ahogarme, y me dijo en voz baja, con un tono furioso y sobresaltado: « ¡ Oh! ¡ tú estabas escuchando á la puerta! ¡ dime aquí qué has oído! ¡ Responde, sino te mato! » Pero mudando luego de idea sin darme lugar á responderle, me fué empujando hasta el comedor, me arrojó dentro y cerró la puerta.

— ¿Y no habíais oído algo de la conversación?

— Nada había oído: me hubiera guardado bien de entrar en el gabinete á haber sabido que estaba con alguno, porque lo tenía prohibido hasta á la misma señora Serafina.

— ¿Qué os dijo cuando volvió á veros?

— El ama de llaves fué quien vino á abrirme la puerta, y no vi á Mr. Ferrán aquella noche. El susto me había puesto mala. Al día siguiente me encontré con Mr. Ferrán al bajar de mi cuarto, y no pude menos de estremecerme al acordarme de las amenazas de la vispera; pero no puedo expresar cuál fué mi sorpresa al oírle decir con mucho sosiego: « Ya sabes que te tengo prohibido el que entres en el gabinete cuando estoy con alguno en mi cuarto; pero como has de estar pocas horas en mi casa, no quiero molestarte en hacerte más advertencias; » y se dirigió á su despacho. Esta moderación me asombró después de

las amenazas de la vispera. Continué haciendo mi obligación como siempre, y me fuí á arreglar el cuarto del amo. Había pasado una noche cruel, y me hallaba tan débil y quebrantada, que al colgar algunos vestidos del amo en un ropero muy oscuro que había cerca de la alcoba, sentí que se desvanecía mi cabeza y que perdía el sentido. Al caer quise sostenerme asiéndome de una capa que había en el colgador, la cual se vino tras mí y me cubrió enteramente. Al volver en mí, la puerta vidriera del ropero estaba cerrada, y oí en el gabinete la voz de Mr. Ferrán, que hablaba alto. Acordéme entonces de la escena de la vispera, y me consideré muerta si hacía el menor movimiento; pero supuse que cubierta como estaba con la capa, mi amo no me habría visto al tiempo de cerrar la puerta vidriera. Y si llegaba á descubrirme, ¿ cómo le haría creer esta casualidad casi inexplicable? Detuve pues la respiración, y oí á pesar mío el fin de una conversación que sin duda había empezado mucho antes.

## XI

### UNA REVELACIÓN

— ¿Quién era la persona que hablaba con el notario en su cuarto? — preguntó Rodolfo.

— No lo sé, señor; no conocí aquella voz.

— ¿Pero qué decían?

— La conversación había empezado sin duda algún tiempo antes, porque he aquí lo único que pude oír: « Nada más sencillo, » dijo la voz desconocida; « un truhán llamado *Brazo Rojo*, hablándole del asunto que hemos tocado hace un rato, me puso en relación con una familia de *piratas de agua dulce*, (1) establecida en un islote cerca de Asnieres; son los bandidos más grandes de la tierra: el padre y el abuelo han muerto guillotizados, dos hijos están en presidio por toda la vida; pero quedan aún la madre, tres muchachos y dos muchachas, tan buenos para un fregado los unos como los otros. Dicen por ahí que para robar en las dos orillas del Sena, hacen algunas expediciones en bote hasta Bercy. Es gente que mataría por un escudo al primero que le cayese á mano; pero no necesitamos por ahora de su habilidad, y nos bastará con que admitan en su casa á esa señora de provincia de que me habéis hablado. La familia de Marcial (este es el nombre de mis piratas) pasará en su concepto por una familia honrada; por mi parte iré á hacer dos ó tres visitas á vuestra recomendada, la suministraré algunas pociones... y al cabo de ocho días se irá á descansar al

<sup>1</sup> Mas adelante hablaremos de las costumbres de estos piratas parisienses.

cementerio de Asnieres. En las aldeas nadie se para en pelillos, mientras que en París se hila muy delgado en eso de defunciones. Pero vamos á esto, ¿cuando enviaréis vuestra campesina á la isla de Asnieres, á fin de advertir con tiempo á los de Marcial el papel que han de representar? » « Mañana llegará aquí, y pasado mañana estará en la casa de esa familia, » repuso Mr. Ferrán, « y le advertiré que el doctor Vicente irá á asistirle por encargo mío. Me gusta el bautizo; pues señor, me llamaré Vicente, » dijo la voz; « lo mismo me cuadra ese que otro nombre... »

— ¿Qué nuevo misterio, que nuevo crimen es este? — dijo Rodolfo cada vez más asombrado.

— ¿Nuevo? no es nuevo, no señor: ahora veréis cómo tiene relación con otro que no ignoráis — repuso Luisa; y luego continuó: — Oí ruido de sillas, y desde luego creí que el coloquio había terminado. « No es menester recomendaros el secreto, » dijo Mr. Ferrán; « porque os tengo por las narices como vos me tenéis á mí. » « Por esta razón podremos siempre servirnos mutuamente sin que jamás nos perjudiquemos, » respondió la voz. « Va veis que soy diligente... ayer á las diez de la noche he recibido vuestra carta, y esta mañana ya me tenéis aquí. Adiós, compañero; no os olvidéis de la isla de Asnieres, del pescador Marcial y del doctor Vicente. Por la virtud de esos tres nombres mágicos, vuestra recomendada hará su viaje al otro barrio antes de ocho días. » « Esperad, » dijo Mr. Ferrán, « voy á correr el cerrojo que había echado por precaución á la puerta de mi gabinete, y á ver si hay alguna persona en la antesala, á fin de que salgáis por la puerta falsa del jardín como habéis entrado... » El señor Ferrán volvió en un momento, y luego oí que se alejaba con aquella persona. Podréis figuraros mi terror durante este coloquio, y mi desesperación por haber descubierto, á pesar mío, un secreto de tal naturaleza. Dos horas después de este diálogo, subió madama Serafina á mi cuarto, adonde me había retirado temblando y más indispueta que antes. « El señor os llama, » me dijo; « tenéis más fortuna de lo que merecéis; vamos, bajad. Estáis descolorida como una difunta, pero lo que va á deciros os pondrá de buen color. » Seguí á la señora Serafina hasta el gabinete de Mr. Ferrán. Al verlo no pude menos de estremecerme, y sin embargo no tenía tan mal semblante como de costumbre: clavó en mí los ojos por largo rato como si quisiera leer mi pensamiento, yo bajé los míos, y por último me dijo: « Parece que estáis mala. » « Sí, señor, » le respondí asombrada de oír que no me tuteaba como hasta entonces. « Ya se ve, » añadió; « es la consecuencia de vuestro estado y de los esfuerzos que habéis hecho para disimularlo; mas á pesar de vuestras mentiras, de vuestra mala conducta y de vuestra indiscreción de ayer, » añadió en tono más benigno, « me causáis compasión: dentro de algunos días os será imposible ocultar vuestro embarazo. Aunque delante del cura de la parroquia os he tratado

como merecáis y merecéis, un lance como éste sería una deshonra para una casa como la mía, y causaría además la mayor desesperación á vuestra familia. Por estas razones he resuelto no abandonaros. » « ¡ Ah! señor, » exclamé; « esas palabras me hacen olvidar todo lo pasado. » « ¿ Olvidar qué? » me preguntó con aspereza. « Nada, nada; perdonad, señor, » le respondí temiendo irritarlo y creyéndole con las mejores intenciones del mundo hacia mí. « Escuchad, » volvió á decirme; « veréis hoy mismo á vuestro padre, y le diréis que os envío al campo por dos ó tres meses para cuidar de una casa que acabo de comprar, y que mientras estéis ausente le haré entregar á su tiempo el salario que ganáis. Mañana saldréis de París, con una carta mía de recomendación para madama Marcial, madre de una familia honrada de pescadores que vive cerca de Asnieres. Tendréis cuidado de decir que acabáis de llegar de provincia, sin entrar en más explicaciones. Más adelante sabréis el objeto de esta recomendación, que es únicamente en vuestro provecho. Madama Marcial os tratará como á una hija, y yo os enviaré un médico amigo mío, llamado el doctor Vicente, que os asistirá. Ya veis cuántas bondades os dispense. »

— ¡Qué trama tan horrible! — exclamó Rodolfo. — Ahora conozco su pensamiento: creyendo que la víspera habíais descubierto un secreto terrible sin duda para él, quería quitaros de en medio. Algún motivo le inducía también á engañar á su cómplice, haciéndoos pasar á sus ojos por una mujer de provincia. ¡Cómo debió aterraros semejante proposición!

— La impresión fué tan violenta y terrible, que quedé sin movimiento y no pude responder á Mr. Ferrán. Miréle asombrada de hito en hito, y sentí que se me desvanecía la cabeza. Estaba ya para decirle los proyectos que le había oído formar por la mañana, arriesgando acaso mi vida de este modo, cuando me acordé de los nuevos peligros á que esta revelación me exponía. « ¡Parece que no me habéis entendido! » me preguntó con impaciencia. « Sí... señor, » le respondí temblando; « pero más quisiera no salir de la ciudad. » « ¿Por qué? en el sitio á dónde os envío estaréis perfectamente asistida. » « No, no; no quiero salir de París; quiero estar junto á mi familia; quiero más bien confesar á mis padres lo que me pasa, y morir de vergüenza si es necesario morir. » « ¿Con que te opones á mi voluntad? » dijo Mr. Ferrán conteniendo todavía su cólera y mirándome con fijeza, « ¿Por qué razón has mudado tan pronto de parecer, siendo así que aceptabas mi resolución hace un momento? » Conocí desde luego que si llegaba á descubrir lo que pensaba estaba perdida; y le respondí que no me parecía necesario salir de París ni alejarme de mi familia. « ¡Pero la deshonras, miserable! ¡deshonras á tu familia! » gritó Mr. Ferrán; y no pudiendo disimular por más tiempo, me cogió de un brazo y me arrojó de sí con tal violencia que me hizo caer en el suelo. « Te doy tiempo de aquí á mañana, » volvió á gritar; « mañana saldrás de aquí para ir á la casa de Marcial, ó para

decir á tu padre que te he despedido, y en el mismo día será puesto en la cárcel. » Quedé sola, tendida en el suelo y sin fuerzas para levantarme. Madama Serafina había acudido á las voces desaforadas de su amo, y con su ayuda pude llegar poco á poco hacia mi cuarto. Echéme sobre la cama, de donde no me levanté hasta la noche, porque tantos y tan repetidos golpes me habían puesto en una situación terrible. Por los dolores crueles que he sentido á la una de la mañana, conocí que iba á dar á luz esa pobre criatura antes de tiempo.

— ¿ Por qué no pedisteis socorro ?

— ¡ Oh ! no me atreví, señor. Como Mr. Ferrán quería deshacerse de mí, sin duda hubiera llamado al doctor Vicente, que me mataría en casa de mi amo, en lugar de matarme en la casa de Marcial. ¿ ó acaso me ahogaría el mismo Mr. Ferrán, y diría en seguida que había muerto de parto. ¡ Ah ! acaso sería vano este temor... pero en aquel momento me dominó de tal modo, que fué la causa de mi desgracia : á no ser por él hubiera arrostrado la vergüenza y no me acusarían ahora de haber matado á mi hijo. En lugar de pedir socorro, temiendo que oyesen mis gritos de dolor, los sofocaba mordiendo la ropa de la cama. Por último, después de horribles sufrimientos... sola, en medio de la obscuridad, di á luz esa pobre criatura, cuya muerte ha sido sin duda efecto de mi parto prematuro... porque yo no la he matado... no, no la he matado. Un solo momento de amargo gozo he tenido en medio de aquella noche terrible... este momento ha sido cuando estreché á mi hijo entre mis brazos...

Los sollozos sofocaron la voz de Luisa.

Morel la había oído con una calma y una indiferencia tan extrañas que alarmaron á Rodolfo. Sin embargo, el lapidario, que seguía con los codos apoyados en la mesa y la cabeza cogida con ambas manos, al oír el amargo llanto de su hija, fijó en ella la vista y le dijo.

— Y llora... ella llora... ¿ qué tiene ? ¿ por qué llora ? — Y después de un momento de incertidumbre, añadió : — ¡ Ah ! ya caigo... el notario... ¿ no es verdad ? ¡ pobrecilla ! vamos, sigue tu cuento... al fin eres mi hija... y te quiero como siempre... Hace un rato no te conocía... las lágrimas me turbaban la vista. ¡ Jesús ! mi cabeza... ¡ cómo me duele la cabeza !...

— Ahora no diréis que soy culpable, ¿ no es verdad padre mío ?

— No... no...

— Ha sido una desgracia... pero tenía tal miedo al notario...

— ¿ El notario ?... ¡ oh, ya lo creo... es muy malo... muy infame !...

— ¿ Y ahora me perdonáis ?

— Sí..

— ¿ De veras ?

— Sí... de veras... ¡ Oh ! te quiero, hija mia, te quiero... aunque ya no

puedo decir... ya lo ves... porque ahora... ¡ Oh, mi cabeza !... ¡ mi cabeza !...

Luisa miró con asombro á Rodolfo.

— Es el dolor ; luego se aliviará. Continúa.

Luisa prosiguió, después de haber mirado á su padre con inquietud ;

— Lo estreché contra mi seno, y noté que no le oía respirar ; pero me dije : la respiración de una criatura como ésta apenas debe oirse... y también me parecía que estaba muy frío... pero ya se ve, no tenía luz porque nunca me la daban... Esperé que fuese de día, abrigando y calentando mientras tanto á la criatura lo mejor que pude ; pero por más que lo tocaba me parecía que estaba helado, y pensaba que era con el frío de la noche. Al ser de día acerqué la criatura á la ventana... le miré bien... y estaba tiesecito... helado... Acerqué mis labios á los suyos para ver si respiraba... le puse la mano sobre el corazón... pero no latía... ¡ estaba muerto !

Luisa volvió á soltar el llanto.

— ¡ Oh ! en aquel momento — dijo — sentí una cosa imposible de explicar. Sólo me acuerdo confusamente y como de un sueño, de lo demás que me pasó : era una mezcla de desesperación, de terror, de furia, y especialmente estaba aterrada de espanto : ya no temía que me ahogase Mr. Ferrán, pero temía sí, que si veían á mi hijo muerto junto á mí, cayese sobre mí la acusación de haberlo matado. Entonces sólo pensé en ocultar su cuerpo ; y de este modo nadie sabría mi deshonra, no tendría por qué temer la cólera de mi padre, evitaría la venganza de Mr. Ferrán, y quedaría libre para dejar la casa y buscar otro sitio en donde ganar para sostener á mi familia... ¡ Ah ! señor, éstas son las razones que me obligaron á no decir nada á nadie, y á ocultar de todos el cuerpo de mi hijo. No hay duda que he hecho mal ; pero en la situación en que me hallaba, perseguida por todas partes, abrumada de dolor y casi delirando, no he visto á lo que me exponía si llegaba á descubrirse el secreto...

— ¡ Qué tormentos ! ¡ qué tormentos ! — dijo Rodolfo con aire abatido.

— El día iba aclarando — continuó Luisa — y sólo faltaban algunos momentos para que despertasen las personas de la casa... En tal estado tomé la última resolución : envolví á mi hijo lo mejor que pude, bajé despacito la escalera y me dirigí al fondo del jardín para hacer un agujero y enterrarlo en él ; pero como había helado, la tierra estaba muy dura y no pude romperla. Entré entonces en una especie de sótano en donde nadie entraba en el invierno, dejé allí la criatura debajo de un cajón que había servido de florero y me volví á mi cuarto sin que nadie me hubiese sentido. De todo lo que estoy contando sólo me queda una idea confusa, y aun hoy es el día en que no puedo concebir cómo he tenido fuerza y valor para hacer lo que llevo dicho, estando tan débil y abatida como estaba. Á las nueve subió la señora Serafina á ver por qué no me había levantado aún, y le dije que me sentía tan mal que la suplicaba me per-

decir á tu padre que te he despedido, y en el mismo día será puesto en la cárcel. » Quedé sola, tendida en el suelo y sin fuerzas para levantarme. Madama Serafina había acudido á las voces desaforadas de su amo, y con su ayuda pude llegar poco á poco hacia mi cuarto. Echéme sobre la cama, de donde no me levanté hasta la noche, porque tantos y tan repetidos golpes me habían puesto en una situación terrible. Por los dolores crueles que he sentido á la una de la mañana, conocí que iba á dar á luz esa pobre criatura antes de tiempo.

— ¿ Por qué no pedisteis socorro ?

— ¡ Oh ! no me atreví, señor. Como Mr. Ferrán quería deshacerse de mí, sin duda hubiera llamado al doctor Vicente, que me mataría en casa de mi amo, en lugar de matarme en la casa de Marcial. ¿ ó acaso me ahogaría él mismo Mr. Ferrán, y diría en seguida que había muerto de parto. ¡ Ah ! acaso sería vano este temor... pero en aquel momento me dominó de tal modo, que fué la causa de mi desgracia : á no ser por él hubiera arrostrado la vergüenza y no me acusarían ahora de haber matado á mi hijo. En lugar de pedir socorro, temiendo que oyesen mis gritos de dolor, los sofocaba mordiendo la ropa de la cama. Por último, después de horribles sufrimientos... sola, en medio de la obscuridad, di á luz esa pobre criatura, cuya muerte ha sido sin duda efecto de mi parto prematuro... porque yo no la he matado... no, no la he matado. Un solo momento de amargo gozo he tenido en medio de aquella noche terrible... este momento ha sido cuando estreché á mi hijo entre mis brazos...

Los sollozos sofocaron la voz de Luisa.

Morel la había oído con una calma y una indiferencia tan extrañas que alarmaron á Rodolfo. Sin embargo, el lapidario, que seguía con los codos apoyados en la mesa y la cabeza cogida con ambas manos, al oír el amargo llanto de su hija, fijó en ella la vista y le dijo.

— Y llora... ella llora... ¿ qué tiene ? ¿ por qué llora ? — Y después de un momento de incertidumbre, añadió : — ¡ Ah ! ya caigo... el notario... ¿ no es verdad ? ¡ pobrecilla ! vamos, sigue tu cuento... al fin eres mi hija... y te quiero como siempre... Hace un rato no te conocía... las lágrimas me turbaban la vista. ¡ Jesús ! mi cabeza... ¡ cómo me duele la cabeza !...

— Ahora no diréis que soy culpable, ¿ no es verdad padre mío ?

— No... no...

— Ha sido una desgracia... pero tenía tal miedo al notario...

— ¿ El notario?... ¡ oh, ya lo creo... es muy malo... muy infame !...

— ¿ Y ahora me perdonáis ?

— Sí..

— ¿ De veras ?

— Sí... de veras... ¡ Oh ! te quiero, hija mía, te quiero... aunque ya no

puedo decir... ya lo ves... porque ahora... ¡ Oh, mi cabeza !... ¡ mi cabeza !...

Luisa miró con asombro á Rodolfo.

— Es el dolor ; luego se aliviará. Continúa.

Luisa prosiguió, después de haber mirado á su padre con inquietud ;

— Lo estreché contra mi seno, y noté que no le oía respirar ; pero me dije : la respiración de una criatura como ésta apenas debe oírse... y también me parecía que estaba muy frío... pero ya se ve, no tenía luz porque nunca me la daban... Esperé que fuese de día, abrigando y calentando mientras tanto á la criatura lo mejor que pude ; pero por más que lo tocaba me parecía que estaba helado, y pensaba que era con el frío de la noche. Al ser de día acerqué la criatura á la ventana... le miré bien... y estaba tiesecito... helado... Acerqué mis labios á los suyos para ver si respiraba... le puse la mano sobre el corazón... pero no latía... ¡ estaba muerto !

Luisa volvió á soltar el llanto.

— ¡ Oh ! en aquel momento — dijo — sentí una cosa imposible de explicar. Sólo me acuerdo confusamente y como de un sueño, de lo demás que me pasó : era una mezcla de desesperación, de terror, de furia, y especialmente estaba aterrada de espanto : ya no temía que me ahogase Mr. Ferrán, pero temía sí, que si veían á mi hijo muerto junto á mí, cayese sobre mí la acusación de haberlo matado. Entonces sólo pensé en ocultar su cuerpo ; y de este modo nadie sabría mi deshonra, no tendría por qué temer la cólera de mi padre, evitaría la venganza de Mr. Ferrán, y quedaría libre para dejar la casa y buscar otro sitio en donde ganar para sostener á mi familia... ¡ Ah ! señor, éstas son las razones que me obligaron á no decir nada á nadie, y á ocultar de todos el cuerpo de mi hijo. No hay duda que he hecho mal ; pero en la situación en que me hallaba, perseguida por todas partes, abrumada de dolor y casi delirando, no he visto á lo que me exponía si llegaba á descubrirse el secreto...

— ¡ Qué tormentos ! ¡ qué tormentos ! — dijo Rodolfo con aire abatido.

— El día iba aclarando — continuó Luisa — y sólo faltaban algunos momentos para que despertasen las personas de la casa... En tal estado tomé la última resolución : envolví á mi hijo lo mejor que pude, bajé despacito la escalera y me dirigí al fondo del jardín para hacer un agujero y enterrarlo en él ; pero como había helado, la tierra estaba muy dura y no pude romperla. Entré entonces en una especie de sótano en donde nadie entraba en el invierno, dejé allí la criatura debajo de un cajón que había servido de florero y me volví á mi cuarto sin que nadie me hubiese sentido. De todo lo que estoy contando sólo me queda una idea confusa, y aun hoy es el día en que no puedo concebir cómo he tenido fuerza y valor para hacer lo que llevo dicho, estando tan débil y abatida como estaba. Á las nueve subió la señora Serafina á ver por qué no me había levantado aún, y le dije que me sentía tan mal que la suplicaba me per-

mitiese quedarme en la cama todo el día, y que al siguiente saldría de la casa, puesto que el amo me había despedido. Al cabo de una hora se presentó el mismo Mr. Ferrán. « Con que estáis peor, » me dijo : « he ahí las consecuencias



Lo enterré metidito en el cajón de flores.

de vuestra terquedad. Si hubierais hecho lo que os dije, á estas horas os hallaríais entre aquella familia honrada, que os asistiría con el mayor esmero. Pero mientras estéis en mi casa no permitiré que os falte la asistencia necesaria ; esta

noche vendrá á visitaros el doctor Vicente. » Estremecime de horror al oír esta amenaza, y respondí á Mr. Ferrán, que la víspera no había tenido motivo para rehusar su oferta, y que desde luego la aceptaba ; pero que como estaba tan mala, no iría á la casa de la familia de Marcial hasta que pasasen dos días para reponerme, siendo por tanto inútil llamar al doctor Vicente. Con esto sólo quería ganar tiempo, porque estaba decidida á salir de la casa y venirme al lado de mi padre, esperando que nada llegaría á descubrirse. Seguro de mi promesa, Mr. Ferrán se mostró muy afectuoso conmigo, y por primera vez en su vida encargó á la señora Serafina que me asistiese con cuidado. Pasé aquel día en un continuo susto mortal, temiendo á cada instante que la casualidad descubriese el cuerpo de mi hijo. Sólo deseaba que dejase de helar, para poder abrir una cueva en la tierra, y como vi que empezaba á nevar concebí alguna esperanza. Pasé todo el día en la cama, y por la noche, cuando conocí que todos estaban dormidos, me levanté con mucho trabajo, y fui á buscar el hacha con que hendía la leña, á fin de abrir con ella un agujero en la tierra que estaba cubierta de nieve. Con infinito trabajo y fatiga conseguí hacer la excavación, y entonces cogí el cuerpo de la criatura, y llorando á todo llorar lo enterré metidito en el cajón de flores... y como no sabía el rezo de difuntos, dije un *Padre nuestro* y una *Ave María* rogando á Dios Nuestro Señor que le recibiese en su santa gloria. Creí que me faltaba el valor cuando traté de cubrir de tierra la especie de ataúd en que había metido á mi hijo... ¡Una madre... enterrar á su hijo !... Por último eché la tierra encima... ¡Oh ! cuánto dolor me ha costado, ¡ Dios mio ! y también cubrí con nieve la tierra movida para que nadie lo notase... Todo esto lo hice á la luz de la luna. Luego que hube concluido no podía resolverme á salir del sitio... ¡ Hijo de mis entrañas !... en la tierra tan fría, tan helada... debajo de la nieve... Aunque estaba muerto me pareció que debía tener frío... Por fin subí á mi cuarto, y me acosté con una calentura violenta. Por la mañana Mr. Ferrán envió á saber cómo me hallaba, y le respondí que estaba mejor, y que al día siguiente sin falta podría salir para el campo. Aquel día volví á pasarlo también en la cama para recobrar alguna fuerza... Por la noche me levanté, bajé á la cocina para calentarme un rato, me quedé sola hasta muy tarde junto al fuego y fui al jardín para rezar sobre la sepultura de mi hijo. Al subir á mi cuarto encontré al señor Germán en la entrada del gabinete, en donde trabajaba algunas veces : estaba muy descolorido... Me detuvo, y me dijo precipitadamente poniéndome un paquete en la mano : « Mañana muy temprano deben prender á vuestro padre por una letra de mil y trescientos francos... No podrá pagarla... pero ahí tenéis el dinero... Volad á su casa al momento que despunte el día... Hasta hoy no he sabido quién era Mr. Ferrán... es un bribón... yo le arrancaré la máscara... Pero no digáis á nadie que os he dado ese dinero... » Y sin darme lugar á responderle, bajó corriendo la escalera.